

Raúl Silva Castro

## BENJAMIN JARNES

**E**N TORNO a la *Revista de Occidente*, ha logrado reunir José Ortega y Gasset un núcleo creciente de espíritus ágiles y bien informados. Son los redactores de esa publicación y a menudo saltan de las páginas de comentarios a las de redacción y allí suscriben trabajos de creación literaria dignos de nota. Entre estos redactores, uno de los que en menor tiempo ha logrado perfilar una individualidad señera es Benjamín Jarnés. Su colaboración en la *Revista* comienza en 1925, y desde entonces no ha cesado. En estos mismos cinco años se han publicado los libros en que el escritor reúne sus trabajos y afirma condiciones sobresalientes de prosista. Crítico y novelista, biógrafo y buen poeta en prosa, divagador y humorista, tal se nos muestra Benjamín Jarnés en sus escritos. Todos ellos están nutridos con jugos novísimos de arte. El autor persigue innovar y en ese sentido es uno de los buenos y fieles depositarios de la tarea que Ortega y Gasset va entregando a sucesores entusiastas y bien dispuestos (1). Pero el arte de Jarnés no es propiamente-

(1) Jarnés ha llamado a Ortega y Gasset «el gran encantador de espíritus e ideas» en un artículo de *La Gaceta Literaria*, 1928.

te arte nuevo. No lo es en la plenitud casi brutal de la palabra, puesto que en él se encierran—carozo y almendra dentro de la pulpa jugosa—esencias clásicas, depuradas en filtros añejos y venerables. El arte de Jarnés es, por tanto, un arte mixto y complejo, y por eso mismo más interesante que otros.

## I

Benjamín Jarnés, hijo de Aragón como Gracián, es destinado por sus padres a la carrera eclesiástica y encerrado en un Seminario. Pero un día huye del encierro y renuncia para siempre a la Iglesia y a sus pompas. Su vida es desde entonces dura, pero normal. Años, largos años de estudio y silencio se suceden. El escritor se prepara a irrumpir y entretanto alista las armas. Hoy se ve su nombre en todas las publicaciones españolas de alguna importancia. Fuera de la *Revista de Occidente*, ya mencionada, conviene citar *La Gaceta Literaria*, de la cual es colaborador desde la fundación de este periódico en 1927. En *La Gaceta* ha publicado varios trabajos importantes, como una espléndida *Carta a Azorín*, unas notas sobre *El Espectador* de Ortega y Gasset, un artículo sobre *El idiota* de Dostoyevski y otros trabajos más que sería inoficioso mencionar. También escribe Jarnés en la *Revista de las Españas*, donde ha publicado en 1927 un fragmento de su libro *Paula y Paulita* (1) y donde mantiene actualmente una sección bibliográfica relativa a América. Finalmente, su firma aparece periódicamente en el suplemento literario de *La Nación* de Buenos Aires, donde informa sobre libros españoles recientes. Otras publicaciones americanas—1929—*Revista de Avance*, *Alfar*, *Síntesis*, *Contemporáneos*—también publican trabajos suyos.

La mayor parte de la labor de este escritor está orien-

---

(1) Publicado en 1929 por las ediciones de la *Revista de Occidente*.

tada hacia la crítica literaria. Allí ha realizado trabajos cumplidísimos, que bastan para consagrarlo como un buen crítico, del cual justamente debe esperarse mucho. Pero su obra crítica está hasta ahora sometida al imperio de la actualidad y de la estrechez periodísticas.

El primer libro del autor se titula *Ejercicios* (1) y es un breve, brevísimo volumen de páginas en prosa. ¿Es un libro? Tal vez no. Es sólo un cuaderno de anotaciones íntimas sobre el arte de escribir, sobre algunos autores y algunos libros. A estas anotaciones se entremezclan ideas estéticas que dan mayor valor al libro. El escritor, antes de hacer su obra, piensa en los rieles por los cuales va a correr. No quiere deformarla. Pero, consciente de su tarea, siente que su primer deber es darle una base. La obra de arte debe ser interesante:

La línea del arte es la espiral. Y huir del tedio: la línea curva es la más corta entre dos puntos. (Pág. 19.)

Se ha insistido en los últimos años en el especial carácter que toma la literatura, que de plato destinado a saciar el apetito de todos, ha pasado a reservarse sólo para un grupo mínimo de escogidos. La literatura se hace reflexiva, gana en elementos conscientes, a medida que se despoja de los elementos animales que en ella gravitaron en épocas de desenfreno y de falta de equilibrio. Libros como *Ejercicios* de Jarnés, que son una meditación sobre el arte, una invitación hacia la obra bella, una crítica anticipada de lo que se va a hacer, son representativos de una época que prefiere el comentario a la creación.

Desde su primer libro se le ve, pues, enderezarse hacia un arte consciente, fino, claro, que no pese sino que se eleve siempre. El primer precepto de su código impone una norma de limpieza y de pudor intelectual:

---

(1) Madrid, 1925. Un volumen publicado por *La Lectura* en su colección de *Cuadernos Literarios*.

De la obra, aún de la lograda con más fatiga, debe restañarse toda gota de sangre y de sudor. (Pág. 35.)

El segundo dice así:

Es preciso forjar una prosa que sólo pueda ser leída a media voz. (Pág. 38.)

(Medítese en las consecuencias de esta palabra. Hay una seria porción del arte español que queda fuera. La prosa española tradicional, ¿puede ser leída a media voz? Es preciso escindir en dos porciones el arte literario: el discreto, recatado, íntimo, que acepta la media voz, y el otro. «El otro» es el arte mayoritario, si se le puede llamar arte.) Inmediatamente después viene el mandato supremo del artista, pero no de un artista cualquiera, sino del artista que cifra en la creación de un mundo extrarreal el intento sumo de su esfuerzo.

Bueno es llamar a las cosas por sus nombres, pero es mejor hallar para las cosas nombres bellos. (Pág. 38.)

Esta breve proposición me parece una de las más rotundamente hedónicas que se han pronunciado en España en los últimos años. Lanzada por Jarnés en un libro de iniciación, que seguramente se ha escrito algunos años antes de ser publicado, adquiere una importancia considerable para juzgar de su obra. Me parece justo anticipar desde luego que Jarnés—salvo, tal vez, la excepción de *Sor Patrocinio* como veremos a su turno—no ha llamado nunca a las cosas por sus nombres mientras le fué posible hallar nombres bellos para las cosas.

El cuarto precepto de su código establece:

La armonía no es fruto del azar, que sólo produce simetría. (Pág. 57.)

La misma idea revestida luego en otra forma:

Simetría, refugio de la armonía fracasada. (Pág. 58.)

Pues bien, tengamos presentes estas palabras. Jarnés se declara partidario de la armonía y fulmina con-

tra la simetría el peor de los capítulos de acusación. La simetría es nada más que la armonía que no se logró, es la mitad del camino entre el estado de nebulosa de la forma literaria y la perfecta concreción de ésta. Es fruto del azar, sin duda; pero se produce cuando el artista busca vencer ese azar y hacer algo maduro y rotundo de lo que su espíritu atesora en estado elemental. Jarnés la condena por incompleta, porque en ella se disfrazan propósitos mancos. La condena, en suma, porque quiere hacer de su arte algo más que un arte sólo simétrico.

Tal vez la exposición de los preceptos de Jarnés no ha terminado. Los sustanciales, sin embargo, son los que quedan recogidos más arriba. Los que siguen completan algunas ideas anteriores o son prolongaciones, hacia otros terrenos, de las mismas:

Un estilo de vida y un estilo de arte. Un horror al infinito y un sincero amor a la medida. (Pág. 82.)

El peor enemigo del pensamiento es la prosa; como el peor enemigo del poema es el verso. Toda la ambición de uno y otro debe cifrarse en vencer a su enemigo, en encadenarlo, en convertirlo en escabel. (Pág. 91.)

Si a estas indicaciones se agrega que en *Ejercicios* hay algunas páginas cardinales sobre Ortega y Gasset, sobre Stendhal y sobre otros temas no menos importantes, se entenderá que este librito de pocas páginas, de tamaño reducido, de presentación humilde, pueda ser considerado como uno de los mejores del autor. Hay en él un propósito, generalmente logrado, de bello estilo. Y—mérito acaso mayor—el lenguaje de Jarnés está aquí más castigado, más despojado de elemento superfetatorios, que en otros libros—posteriores—suyos. La adjetivación es poca y precisa, las imágenes se distinguen por la propiedad y la pulcritud. La ironía no se altera a lo largo de estos pliegos que son, seguramente, los más amables del autor.

## II

Al cuaderno de *Ejercicios* sigue, cronológicamente, en la obra de Benjamín Jarnés *El profesor inútil* (1). Este libro fué acogido por la *Revista de Occidente* en su colección *Nova Novorum*, donde se codea con libros de Pedro Salinas y Antonio Espina, todos significativos del vuelco artístico que estos nombres jóvenes representan en España. *El profesor inútil* está compuesto por tres relatos novelescos: *Mañana de vacaciones*, *El río fiel* y *Una papeleta*. Los tres giran en torno a un personaje: cierto profesor que admira demasiado a la mujer y que ante sus discípulas olvida lamentablemente sus enormes conocimientos de erudito, y naufraga, como un pelele, entre las artimañas del sexo. Son tres relatos en los cuales aparece por primera vez en nuestro escritor la influencia de Jean Giraudoux, precisamente del Giraudoux que en *La escuela de los indiferentes* hizo una obra inolvidable de fantasía, humorismo y destreza psicológica. Sería pueril pretender que Jarnés ha cogido a Giraudoux la frase breve, suelta, ágil, escrita como de soslayo, que brinda a sus escritos un penetrante encanto. Esa frase tiene una raigambre más antigua y más castiza, muy propia en un aragonés como Jarnés. Esa frase, en buena parte, arranca del mismo Gracián. Pero, cosa curiosa, Jarnés entonces no sabía que Gracián—de quien es muy buen lector y cuyo *Criticón* tiene anunciado, en edición comentada, para los clásicos de *La Lectura*—se estaba infiltrando en su estilo. En 1925 escribió: «el monótono Criticón» y en la *Revista de Occidente* dijo más todavía (al hablar de una obra de Oliverio Girondo):

Es peligroso acogerse a Gracián, siendo tan recusables los módulos estéticos del jesuita aragonés. Gracián anduvo mezclando dos de las categorías aristotélicas para elaborar una pajarita que pretendió ser aforismo y quedó

(1) Ediciones de la *Revista de Occidente*.



—como es frecuente—en pirueta gramatical, incapaz de elevarse a norma. Lo bueno, si breve, y lo malo, si poco, quedan tan bueno y tan malo como antes. Lo malo no se mide, se desdeña. Lo bueno, si mucho, dos o dos mil veces bueno. (*Rev. de Occidente*. Mayo de 1925.)

Pero más tarde, poco más tarde, hay en Jarnés una vuelta de frente. Por allí lo vemos llamar a Gracián «mi maestro», seguir la forma aforística y simétrica, trufada de juegos de vocablos, que es característica en el autor del *Criticón* y hasta postular el carácter normativo de la prosa de Gracián con preferencia a la de cualquier otro escritor del siglo de oro. A la de Cervantes, por ejemplo.

*El profesor inútil*, es, pues, un libro en el cual hay influencias. Las he mencionado ya: Giraudoux y Gracián. De Giraudoux hay la visión sintética, rápida, inestable, de las cosas y de los hombres; hay el gusto del detalle trivial pero significativo; hay el humorismo liviano, grácil, que no quiere rasguñar y que sólo percute; hay, en fin, la vibración moderna. De Gracián hay la frase breve, flexible, llena de sugerencias ocultas y veladas, de simbolismos recoletos. Lo demás es simple y claro. Un profesor que resulta inútil porque ante una mujer bella olvida lección, libros, papeles y todo. Un profesor que prefiere serlo de amor a serlo de historia y que divaga sentimentalmente—así en *Una papeleta*—sobre la telaraña de sus conocimientos eruditos, torpes y ciegos como topos si se comparan con la bella rotundidad de su discípula.

Todo esto está admirablemente escrito, se desliza, fluye y se volatiliza. La prosa de Jarnés alcanza en *El profesor inútil* algunas de sus más bellas estancias. Una prosa—como allí mismo se lee—ajena a lo cotidiano lo mismo que enemiga de lo ampuloso y falto de medida:

En la balanza del arte, si la solemnidad pesa en un platillo, suele pesar en el otro la vulgaridad. La balanza, en el fiel. Evitar el vuelo del águila tan inútil como la rueda doméstica del pavo real. Ni cimas de hielos perpetuos, ni jardinillos de sentimental marquetería. (Págs. 46-7.)

Pero hay cierto virtuosismo. El escritor se siente escribir y cede al placer de amontonar bellos epítetos, paradojas risueñas, descripciones hechas de retazos arbitrariamente agrupados. Si el lector tiene menos disciplina o menos respeto al autor, se sentirá tentado de saltar algunas páginas para ver en qué pára todo aquello. Y comprobará entonces que no pára en nada. Los sostenes anecdóticos no se han hecho para el arte de Jarnés, que es principalmente estático y que extrae sus más bellos efectos precisamente de su estatismo. Leerlo es, pues, seguir una morosa corriente que no lleva a parte alguna. Pero es seguir una corriente encantadora en la cual es grato ir si se quiere gozar, como el propio autor, de la delectación de las bellas imágenes. La literatura de Jarnés lleva su fin en sí misma y no es literatura que pruebe nada ni que quiera conseguir nada. ¿Literatura pura? Tal vez. Literatura fiel, en todo caso, a su íntimo *demon* de la contemplación, grillete y ala aquí más que en parte alguna.

### III

Jarnés tiene guardadas varias novelas que han sido prometidas en más de una ocasión. Van saliendo poco a poco de los cajones a la luz cruda de la publicidad. Después de *El profesor inútil* apareció *El convidado de papel*, que está fechado en 1924 (1). Cuatro años ha pasado, pues, en su encierro este insólito convidado. Cuatro años de claustro, de estudios forzados, de ruda lucha con el demonio y la carne. Sobre todo, la carne. Acción en un seminario. ¿Como Julián Sorel? Sí; un Julián Sorel menos ambicioso, más sensual y muy poco o nada político. Un Julián Sorel sin fetiches napoleónicos. Jarnés ha estudiado en un seminario en el

---

(1) Ediciones de *Historia Nueva*.



cual se le prometió que llegaría a ser arzobispo de Zaragoza si seguía acumulando sobre su nombre los votos de distinción. Pero la clausura fué rota y el escritor se lanzó a la vida normal, renunciando a la gloria violácea de prelado.

*El convidado de papel* es una novela verbal, llena de insinuaciones, de recovecos y de subterfugios. Empalaga a veces. Confunde las menas. El estilo de soslayo toca aquí su culminación. Tan soslayado está todo que apenas logra verse claro lo que el autor quiere decir. Jarnés no es como el invierno, a quien caracteriza en este libro con las siguientes palabras:

...el invierno es buen amigo del perfil; desnuda tenazmente los bordes de las cosas (pág. 221);

Jarnés, por lo contrario, abandona los perfiles y los bordes y se adentra en la pulpa misma de las cosas. El procedimiento es peligroso. De él resulta lo que resultaría si, por querer ver mejor una cosa, la pegáramos al ojo. El ojo necesita cierta distancia para obtener una visión perfecta. Pues bien, *El convidado de papel* me parece en muchas páginas el resultado del anhelo por ver las cosas, pegado el ojo a ellas.

Le salva en parte un estilo primoroso, que llega al amaneramiento y que no pocas veces parece culterano, pero que no es, después de todo, sino un espléndido estilo literario. El empeño que el autor ha puesto por conseguir en ese estilo la armonía ha sido, en gran parte, alcanzado. Hay aquí armonía y no simple simetría. Hay también pensamientos literarios henchidos de una dulce ironía crítica en que Jarnés es indisputado maestro:

Hubo un tiempo en que los cielos y la tierra se sintieron enfermos de rara melancolía. La luna sufrió neuralgias sentimentales, el arroyuelo arrastró lágrimas vivas, el sol agonizaba diariamente, los cipreses terminaban en súplicas, y en las márgenes de los lagos cada junco llevó mucho tiempo ensartada una estrofa.... Cuando Lamartine sollozaba, se estremecían de dolor algunos kilómetros cuadrados del contorno. Cuando Lord Byron blasfemaba,

se percibía confusamente el tumulto que el apóstrofe provocaba en las nubes. Cuando Zorrilla empuñaba un laúd, todos los gorriones de los bosques guardaban un silencio «sepulcral». (Pág. 119.)

Pero en general en este libro se advierte un empeño verbal superior a la realización novelesca. Hay derroche de adjetivos, y las imágenes, en que Jarnés se muestra por lo general rico hasta la prodigalidad, escasean aquí. En cambio de todo eso hay figuras dibujadas apenas, que se confunden entre sí y brindan al libro un telón de fondo abigarrado pero de tal modo intruso que a veces pasa a primer plano y no deja ver claro nada. Indudablemente la perspectiva no ha sido siempre bien cuidada.

He dicho ya que Jarnés ha estudiado en un seminario. *El convidado de papel* puede parecer, pues, un libro autobiográfico. Posiblemente lo sea, en un grado que no puedo precisar. Es evidente que el autor ha vivido muchas de las escenas que allí se nos cuentan. Así esas noches en que los jóvenes seminaristas, recogidos en el silencio de sus celdas, abrían los primeros libros tímidos de la adolescencia o escribían cartas a sus novias primeras o se deleitaban—lo más sensuales—en la contemplación de estampas lúbricas. Esa impresión de clandestinidad, obligada por la inspección torpe de los guardianes, está dada de mano maestra. Es un espectáculo curioso para quien quiera coger flores mórbidas en la senda de Freud. Los instintos sofrenados, ¿cómo se subliman? ¿Serán el martirio, el catequismo, la santidad sólo manifestaciones de una necesidad de compensación? Claro es que el nombre de Freud está ausente de estas páginas, pero bordea los labios del lector en cuanto comienzan a llegarle las emanaciones del pozo sombrío.

De esta manera la obra más deshumanizada, más intelectual, llega a ser humana y muy humana. Su dimensión vital es profunda pero también equívoca. El intelectual en Jarnés pesa mucho. No tanto, sin embar-

go, como el buen amador de la vida, como el degustador de sensaciones de todo rango. Y un voluptuoso en un seminario tiene mucha tela que cortar.

#### IV

En el año que corre Jarnés se ha mostrado pródigo. Primeramente nos ha dado una biografía, *Sor Patrocinio* (1); enseguida una novela, *Paula y Paulita*.

Novela—dice Jarnés en la primera línea de *Sor Patrocinio*—es el arte de crear un hombre, biografía es el arte de resucitarlo. (Pág. 11.)

La distinción es clara y sutil, y satisface al más indiscreto afán de definiciones. La novela tiene como objeto la vida humana, pero no puede limitarse a reflejarla lisa y llanamente como un espejo. Jarnés va más allá, y en unas palabras muy justas que leemos en su artículo de la *Revista de Occidente* sobre *Bella* de Giraudoux, expone completa su teoría de la novela:

Lo difícil—insistamos—no es crear de la nada, sino crear de lo que nos rodea. No es creación introducir en la novela unos hombres conocidos por todo el mundo, y es un pueril artilugio futurista introducir hombres que nadie puede conocer. Allá Balzac y Wells. Arrancar del personaje esa epidermis capaz de ser reproducida por una kodak o una plana de sucesos, y dotarle de otra piel menos porosa que sólo puede traspasar cierta fina emanación revelable en las placas sensitivas del artista, esa es, tal vez, la función de la novela.

La novela es la expresión de la vida que no puede vivirse. (*Rev. de Occidente*. Abril de 1926.)

Admirable. Aplaudamos con reflexivo entusiasmo. Posiblemente la novela no siempre sea «la vida que no puede vivirse», pero indudablemente una buena parte de la existencia novelesca se sale del recinto destinado al hombre. Las palabras de Jarnés son precisas y logran introducir un orden luminoso en el aparente caos de la novela moderna. Pero no es éste el caso de la novela, sino el de la biografía. A la creación del hombre,

(1) II vol. en la Colección de *Espanoles del siglo XIX*. Espasa-Calpe.

propia de la novela, Jarnés opone, como propia de la biografía la resurrección del hombre. La primera, obra de Dios; la segunda, de su hijo. Su objeto es, pues, para la primera, Adán. Lázaro para la segunda.

Aparentemente la labor de Jesucristo es más fácil que la de su padre. Resucitar a Lázaro es más hacedero que crear a Adán. Sin embargo. . . . La verdad es que la biografía es un género difícil, en el cual se necesita desde luego una dosis considerable de objetividad. Nótese que el novelista comete siempre arbitrariedades, que seguramente ocultará, al crear a sus héroes. Muchos rasgos de éstos son producto de ocios de la imaginación, de descuidos o de momentos de genio iracundo. ¿Cómo adivinarlo? Cuando son demasiado notorios, el crítico los reprocha, haciendo uso de su facultad policíaca. Si no, pueden pasar inadvertidos. ¿Cuántas arbitrariedades y trasposiciones de ese género estaremos aplaudiendo como rasgos de genio propio de nuestros novelistas preferidos? El biógrafo no puede cometer tales arbitrariedades, so pena de ser infiel y antojadizo. Su respeto por el sujeto de sus páginas debe ser exquisito.

Esto lo ha expresado Jarnés también, aunque desde otro punto de vista, en las siguientes palabras, que se leen en *Sor Patrocinio*:

El mejor biógrafo será aquel en quien más se desarrolle el sentido de la cautela; quizá por eso los ingleses, como de urbanidad más refinada, son mejores, los mejores biógrafos. Escribamos al frente de toda biografía este mandamiento: no juzgarás.

No hay inconveniente: el biógrafo no debe juzgar pero tampoco debe hacerse reo de falta de curiosidad. Quiero decir que hay en el relato de la vida de *Sor Patrocinio* lagunas considerables, que impiden al lector formarse un juicio claro de la vida de la santa. El autor ha narrado algunos hechos curiosos, entre los cuales las escenas en que son personajes don Salustiano Olózaga y la futura Sor, valen mucho. Pero en cambio

ha dejado en la sombra la actuación política de la Sor. Su influjo en la corte, la forma cauta y sigilosa que adoptaba para ganar la voluntad de sus soberanos, sus discreteos y hasta sus galanteos—se le han achacado muchos—, no aparecen aquí sino aludidos o representados en forma incompleta.

La época es muy graciosa y amable. Los sucesos que Jarnés nos cuenta aquí son, en gran parte, contemporáneos de Larra y del Duque de Rivas. En 1835 se estrena *Don Alvaro o la fuerza del sino*. Dos años después, Larra se cierra, con un pistoletazo, las puertas del cielo. Vivimos, pues, un instante en pleno romanticismo. El primer capítulo de este libro, en que se cuenta el singular nacimiento de la Sor, y las páginas siguientes, que nos narran las intrigas mundanas de su madre, auxiliada por la arrogante figura de Olózaga, son admirables. Lo mismo cabe decir de la historia del Caballero de Gracia, que es un cuadro maestro. Pero luego el nivel de la obra decae y el autor mismo vacila hasta introducir en su relato extensos documentos ajenos, a los cuales había querido cerrar la entrada en las referidas primeras páginas.

Me parece justo también advertir un peligro al autor de tantas páginas admirables. El estilo de *Sor Patrocinio* no es ya el primoroso estilo a que Jarnés nos tenía acostumbrado con sus obras anteriores. ¿Recuerda el lector lo que en *Ejercicios* nos proclamó el autor respecto de la simetría y la armonía en la prosa? Pues bien, me parece que en muchas páginas de *Sor Patrocinio* la armonía fracasada se ha refugiado en la cómoda simetría. Y como nada debe dejarse sin prueba, voy a probarlo. He aquí algunas muestras de simple simetría verbal, que si es gustosa a veces, cuando se prodiga empalaga:

Muros herméticos, luego cárcel. Sangre fresca, luego tortura. (Pág. 67.)

.....  
Se abrió el claustro por una voz del cielo...; se cierra por una voz del juez.  
(Pág. 83.)

.....  
 Teresa funda en el desierto; Patrocinio, en los jardines de la Corte. Teresa echa cimientos, Patrocinio revoca fachadas. (Pág. 150.)

.....  
 Quedan las ondas, extinguido el foco; queda el tañido, rota la campana. (Pág. 167.)

.....  
 Cestos, muchos cestos. Coles, muchas coles. (Pág. 168.)

.....  
 Todo profanado: los libros de caja y los sepulcros, el sagrario y la despensa. (Pág. 181.)

.....  
 Si el Niño Dios viene, la madre Patrocinio se va. (Pág. 229.)

.....  
 Su vida es un perpetuo escondite. Su historia es un perpetuo rumor. (Pág. 236.)

Pero la simetría llega a su máximo y termina por producir mala impresión en el siguiente diálogo entre la Sor y Olózaga:

—¡Te llevaré a Londres, corazón mío!

—No.

—Tus monjas ya no te aguardan, pronto no te querrán.

—Sí.

—Seré tu esclavo.

—No.

—Ya no podrás volver al claustro.

—Sí.

—¡Quiéreme un poco!

—No.

—¿Me desprecias?

—Sí. (Págs. 72-3.)

La misma impresión que causa este otro descuido, en que un escritor tan escrupuloso como Jarnés no debió haber caído nunca:

*Conocer* esta sinuosidad, es tanto como *conocer* una intimidad. Toda la dificultad en llegar a *conocer* la verdadera personalidad—curvas de la vida—de Sor Patrocinio, estriba en no poder nunca penetrar en su verdadera intimidad. (Págs. 18-9.)

No es este género de deslices frecuentes en Jarnés, pero por eso mismo llama la atención en quien siga su carrera literaria con interés y simpatía.

*Sor Patrocinio* es un salto atrás, una regresión al tiempo en que el escritor, armado con menos armas,



menos consciente de su misión literaria, buscaba un camino que habría de pautar de preciosas indicaciones en *Ejercicios*. En ese peregrinaje la armonía fracasada —son sus propias palabras— se refugia en la simetría. Y de simetría están llenas, desgraciadamente, las páginas de *Sor Patrocinio*.

## V

Jarnés está en el momento de la ascensión y de la promesa. Es un escritor nada desdeñable y su obra es una esperanza de las letras españolas. Su dominio del estilo le asegura una duración dilatada. Su ironía y su sarcasmo son condiciones no frecuentes en un escritor español. Su bagaje espiritual e intelectual, tan amplio, es una cualidad que nunca se aplaudirá lo suficiente. He aquí los factores convincentes de su obra. Junto a ellos figuran algunas limitaciones que también conviene recordar. En las obras de Jarnés, en efecto, si sobran inteligencia y finura de juicio, falta vida. Sus novelas—*El convidado de papel*, *El profesor inútil*, *Paula y Paulita*, que no alcanzó a ser comentada en este artículo—son bellos juegos de la inteligencia crítica más que del instinto creador. Por eso mismo, se me ocurre que el camino verdadero de Jarnés está en la crítica literaria. Los muchos artículos de crítica que he leído de él, de algunos de los cuales he hecho caudal más arriba, me han persuadido de que en Jarnés es posible saludar al futuro gran crítico de España. A ese crítico que el destino había estado negando reiteradamente a la península en tantas ocasiones.

Para ejercer adecuadamente este ministerio tiene Jarnés a su favor, además de la acuidad de su visión, una ausencia de provincianismo que es significativa. Yo creo que uno de los propósitos más soterrados de la *Revista de Occidente* ha sido acabar con el triste y du-

radero provincianismo español. El caso de Jarnés prueba que este propósito, a la vez que sale a luz, logra realizarse plenamente en unos cuantos jóvenes escritores atentos a la pulsación del mundo y enamorados de su época. De entre éstos el propio Jarnés es un caso valiosísimo por la cuantía de su obra y por la laboriosidad de que dan cuenta sus múltiples ocupaciones. En el camino se irán acendrando cualidades, aminorando deficiencias y eslabonando sólidamente en una cadena de doctrina lo que ahora es sólo sugestión huidiza, sometida a la actualidad porque ha nacido de ella. Es lo que falta para que este joven escritor, tan interesante, dé la obra cardinal de crítica literaria que todavía se espera de España.